

El poder de la palabra: crear espacios para la reflexión y la participación Redesearte Paz. Medellín marzo 19 de 2009

Ponentes: Alba Irene Gil. Directora artística. Corporación Cultural Nuestra Gente. Medellín. Anabel García. Directora FUNARTE. Estelí. Nicaragua. Ernesto Otonne. Director centro Cultural Matucana. Betsy Cáceres. Centro Cultural Chacao. Caracas.

El poder de la palabra, aparece inseparable del “poder en común” desplegado por experiencias que transcurren en lugares apropiados y creados para estar con otros próximos y con ellos expresarse, reflexionar, resistir, “contradecir a la muerte”, construir artistas para la vida”, poner colores a las demandas de quienes en las periferias urbanas y sobre todo las periferias sociales, empiezan a experimentar que la tierra es algo más que un planeta; que es un lugar en el que se puede dejar una impronta, tal como lo permitieron reconocer a través de las ponencias quienes participaron de la mesa, *El poder de la palabra: crear espacios para la reflexión y la participación (Redesearte paz, Medellín 2009)*. Fue la ocasión para transmitir información acerca de la acción y la palabra expresa en: Sedes teatrales, casas culturales, muros para la imagen y el grito, cuerpos que resignifican espacios, niños y niñas que trastocan la disciplina escolar en despliegue de creatividad.

El “poder en común”, contesta, confronta, no se resigna con el “El poder sobre”..., instalado en relaciones asimétricas, en el que aparecen múltiples violencias, desde las más silenciosas hasta las más profundas como la humillación, pasando por diferentes grados de coacción, hasta el asesinato.

El poder de la palabra, expresión del esfuerzo por existir, manifiesto en el poder decir, poder hacer, poder narrar, se inserta en emergencias que no surgen espontáneamente, por el contrario; “Surgimos en respuesta” decía una ponente, pues tras cada experiencia hay propuesta, colectivos diversos que se juntan y que no dejan lugar a la postración y el lamento. Las ponencias no hablaron de perecer, de silencios, ni de agotamiento y ello es comprensible, porque “el poder de la palabra”, el poder en común, supone sujetos actuantes encarnados en artistas, gestores culturales, vecinos, jóvenes, maestros que se encuentran en proyectos.

Una de las violencias silenciosas y no por ello menos cruel, se manifiesta como imposibilidad para manifestarse, para crear, para trastocar, de ahí que la participación, la construcción de nuevos lenguajes, la innovación, constituyan un antídoto hecho de imaginación, de pedagogías críticas, de acciones para el desarrollo simbólico y la simultaneidad de significados que vinculan lo terrenal y trascendental. Ahí la importancia del papel del arte: Luz sobre lo invisible, apertura, fisuras y fugas posibilitadores de nuevos caminos.

Lejos de una reflexión técnica sobre el arte, el arte situado en el contexto de otras expresiones de la iniciativa humana y en el modelo de experiencia que estas sostienen colectivamente, constituye un campo de reflexión y acción, que no parece tener una sola patria, de hecho la antropología documenta el arte en todas las sociedades y en todos los tiempos. Como dice Clifford Geertz, “Al

igual que la pasión sexual o el contacto con lo sagrado, otras dos materias sobre las que también resulta difícil pronunciarse, pero aún así necesarias, no podemos permitir que la confrontación con los objetos estéticos, opacos y herméticos, quede al margen del curso general de la vida social". (119)

En América Latina hoy, el poder de la palabra, de la metáfora, del arte, indudablemente hacen parte de la vida social, no para sedimentarla, sino para transformarla. En este y por este ejercicio tienen sentido las nociones de comunidad y participación. Referirse a comunidad reclama precisiones, sobre todo si está cruzado por el ejercicio artístico y el espíritu creativo. La comunidad deseable no es la que conlleva el ideal de homogeneidad, el sentido de comunidad en éste ámbito convoca la idea de "poder en común", deseo de "estar juntos" y en medio del intercambio, de una economía simbólica del don, construir, debatir, deliberar, poner en común pérdidas y sueños, intercambiar saberes y sobre todo, realizar actos que potencien las voces de la unidad que admite la diversidad, la diferencia, la expresión multicolor.

La comunidad entonces, como está planteada, no es un a priori, por el contrario, es una conquista, una construcción que no culmina, pero que se reconoce y funda en la acción, sobre territorios específicos, con expresiones en tiempo presente pero alimentados de pasado, de historia, de acumulados sociales, de memoria, no como repetición, sino como referentes para la apropiación y la innovación, con el sello de la huella trazada y también de la aventura que implica emprender nuevas rutas.

En éste recorrido por las modalizaciones del poder y en particular por los sentidos que convergen en el poder de la palabra, uno más: La palabra como acción, pues como dice Austin, se hacen cosas con palabras. La promesa es uno de esos actos de habla, manera de comunicar sueños y compromisos a otros, que una vez pronunciados cobran una dimensión pública y más allá del tiempo cosmológico, obligan para que a pesar de las adversidades se cumpla, porque tras de sí, está la fuerza social que reclama traducir los sueños en realización.

El poder hablar, requiere de la participación y de condiciones para una expresión plena. Se requiere organización y formación de los ciudadanos, "la creación de espacios para participar, la formación del funcionario público para que haga parte de la dinámica de participación, el reconocimiento de los derechos y deberes ciudadanos" (Corporación Región. Informe Ofertas de participación ciudadana, 2008). Relacionado con las condiciones para la participación, Redesearte paz, explícitamente se localiza como plataforma para crear dichas condiciones, en particular, en lo concerniente a la creación de espacios para la participación y la formación de ciudadanos, entendidos en el sentido del dramaturgo Augusto Boal, ciudadano no es aquel que vive en sociedad, sino aquel que la transforma.

Luz Amparo Sánchez Medina.

